

Juventudes, Derechos y Participación en el barrio Islas Malvinas: Construyendo desde la complejidad

Daniela Giuppone, Pablo Gabriel Soppe, Daiana Anahí Bustos

Resumen

El proyecto de extensión “Juventudes, derechos y participación en el barrio Islas Malvinas” es una iniciativa de trabajo interdisciplinar que procura realizar actividades que integren el arte, el deporte y los juegos cooperativos a través de la praxis colectiva vinculada al entorno habitado, las vivencias comunes, identidades, apropiación y organización comunitaria en el territorio del Barrio Islas Malvinas, en la ciudad de Río Cuarto. Partiendo de antecedentes de investigación, organización y de intervención territorial por parte de la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC), y otras organizaciones e instituciones, buscamos trabajar respecto a una problemática compleja y concreta que las juventudes del barrio han considerado como relevante: la falta de espacios de participación para los jóvenes. El objetivo general ha sido entonces generar espacios de participación comunitaria dirigidos a jóvenes de ese territorio, que propicien la autogestión y la organización territorial. Sin embargo, a lo largo del año de implementación del proyecto identificamos diversas situaciones problemáticas relacionadas con la escasa presencia y vinculación entre los jóvenes del barrio, la fluctuación de espacios comunitarios para niños y adolescentes, la necesidad de coordinar con otros proyectos de extensión y prácticas de la universidad en el mismo barrio, y la falta de presencia de otras organizaciones y del Estado municipal y provincial. Esto provocó que se fueran revisando los objetivos y el grupo poblacional con el cual se trabajaba, a la vez que se abrieron nuevas oportunidades de construcción colectiva.

Contextualización y antecedentes que enmarcan la práctica

El presente proyecto de extensión surge en el marco del predominio a nivel global y latinoamericano del modelo socioeconómico neoliberal, con graves consecuencias en el tejido social de los barrios en situación de vulnerabilidad. Su elaboración partió de antecedentes de organización e intervención territorial, investigaciones y prácticas de la UNRC y de otras organizaciones e instituciones en el barrio Islas Malvinas, de los cuales surge que a principios del año 2019 el mismo estaba integrado por alrededor de 100 familias. Su origen se remonta a 1950, encontrándose ubicado al Norte de la ciudad, atravesando la ruta A005 y bordeando al Río Cuarto en su costado Oeste, en una extensión de aproximadamente 3 kilómetros. De un total de 334 vecinos aproximadamente 50 eran jóvenes, considerando aquellos entre 11 y 19 años de edad.

También surge de los antecedentes y de los recorridos iniciales realizados con el equipo que la interacción entre ellos era escasa, relacionándose principalmente en pequeños grupos. Se encontraban mayormente para jugar al fútbol y escuchar música. Les jóvenes mencionaban además que había discriminación, exclusión y violencia en sus relaciones.

En cuanto al barrio, señalaban que no se sentían incluidos o no se acercaban al menos a un sector del mismo. Luego comprobamos que se identificaban en dos grupos: quienes viven adelante y *los del fondo*. Reconocían diversas problemáticas tales como las dificultades para acceder a ciertos servicios y a instituciones educativas, la inseguridad al salir a la calle, el consumo de drogas, entre otras, pero en muchos casos no las vinculaban con la vulneración de sus derechos. A su vez, respecto de la mayoría de las problemáticas no se veían posibilidades de cambio, o de incidir en un cambio.

De sus discursos también se interpretó un enfoque de ciudadano entendido como aquél que ejerce sus derechos individuales, que es el principal responsable de su realidad (y de la que el Estado no tiene o tiene poca responsabilidad), y que por tanto poco puede hacer para cambiar problemáticas sociales. Los espacios de participación en el barrio habían sido hasta el momento en su mayoría iniciativas más individuales que colectivas, lideradas por adultes, que por momentos tenían intereses contrapuestos. La mayoría de los jóvenes consideraban que no había o no eran suficientes los espacios, y que les gustaría participar.

A partir de todo esto, la situación problemática compleja y concreta identificada que decidimos abordar en este proyecto es la que las juventudes del barrio han considerado como particularmente relevante: la falta de espacios de participación política/recreativa/comunitaria para los jóvenes. El objetivo general del mismo ha sido entonces generar espacios de participación comunitaria dirigidos a jóvenes de ese territorio, que propicien la autogestión y la organización territorial.

Para ello, se ha pretendido configurar una iniciativa de trabajo interdisciplinar desde el paradigma de la complejidad, así como de las corrientes epistemológicas decolonizadoras, y desde la metodología de la investigación, acción y participación, haciendo hincapié en dos ejes principales: derechos y participación. A su vez, se ha procurado integrar el arte y la cultura, a través de actividades lúdicas y recreativas de carácter educativo y de la praxis colectiva vinculada al entorno habitado, las vivencias comunes, identidades, apropiación y organización comunitaria en el territorio del Barrio Islas Malvinas. A lo largo del 2019 se ha vinculado con diversas organizaciones e instituciones: Asociación Civil TECHO, Fundación Carhill, Escuela Ipem 29 Felipe Galizia, Defensoría del Pueblo, SEDRONAR, así como con las prácticas pre profesionales de la Lic. en Trabajo Social, el Proyecto de Extensión “Acompañamiento educativo integral”, la Mesa de Diálogo Territorial Islas Malvinas, entre otros.

A continuación describiremos y analizaremos estrategias, vivencias, actividades, emergencias y logros que se dieron durante el proceso de implementación del proyecto en el año 2019.

Caminando el territorio

El proyecto comenzó a implementarse en mayo del mencionado año en el espacio del Merendero *Abriendo Caminos, Compartiendo Esperanzas* de Bety, una vecina referente que hace más de diez años que daba la merienda a los niños y adolescentes del barrio. Sus edades oscilaban entre los 4 y los 14 años, y eran mayormente amigos y familiares muy unidos, por lo que no nos parecía conveniente separarlos por franjas etarias. De esta manera, poco a poco fuimos empezando a trabajar en conjunto con el equipo del Programa de Acompañamiento Educativo Integral, generalmente con todos los niños y adolescentes, y en actividades puntuales con los adolescentes en particular.

El encuentro inicial consistió en realizar una jornada de juegos cooperativos y deportes, con el propósito de convocar a los jóvenes del barrio y repensar desde prácticas cooperativas las lógicas competitivas que desde pequeños se nos enseñan. Esta intención marcaría todas las actividades del proyecto a partir de entonces. En ese encuentro también conversamos con los niños y adolescentes acerca de qué intereses tenían y qué les gustaría hacer durante ese año, siendo el fútbol y otros deportes lo más mencionado, y en algunos casos actividades vinculadas a la música.

A partir de dicha jornada, comenzamos a trabajar organizando los encuentros a través de los módulos preestablecidos en el proyecto, planteados en torno a grupos de derechos: a la supervivencia; al desarrollo, a la protección, y a la participación. Para ello fuimos teniendo en cuenta las voces de los niños y jóvenes del barrio que mencionaban lo siguiente:

“Me gusta jugar al fútbol”, “Me gusta la canchita”, “Me gustan las hamacas”, “Me gusta andar a caballo”, “Me gusta el estar todos juntos”, “Me gusta hacer el puente para las bicicletas”, “No me gusta que fumen droga en el barrio”, “No me gusta que tiren tiros”.

Como fuimos conociendo al conversar con los vecinos y con los mismos jóvenes, alrededor de los 14 años la mayoría comenzaban a tener otros hábitos, a trabajar, a asumir responsabilidades familiares, a consumir alcohol y drogas (o a hacerlo en mayor medida), a reunirse con otros jóvenes fuera del barrio, etcétera. Como prácticamente ningún joven a partir de esa edad se acercaba a los merenderos, fuimos pensando estrategias y actividades para incluirlos.

Se percibía que era un proceso que recién comenzaba, y que la construcción de confianza con los niños y adolescentes y dentro del equipo (integrado por más de 40 personas) iba a ser una base muy importante. Fuimos conociéndonos entre todos, y también fuimos descubriendo las dinámicas del barrio. Las principales problemáticas con las que nos encontramos en esta primera etapa se relacionaron a nivel interno, con las dificultades para participar en virtud de la gran cantidad de actividades en la universidad en los meses de mayo y junio, y con el trabajo interdisciplinario y la generación de espacios de reflexión entre los integrantes de las cátedras que formaban parte del proyecto.

En cuanto al barrio, además de lo ya mencionado respecto a los jóvenes, nos impactó la dinamicidad e impredecibilidad de las relaciones y los sucesos en el territorio, que permanentemente implicaban que reformuláramos los módulos pensados originalmente en el proyecto y las actividades planificadas.

Pero también identificamos fortalezas, como nuestro interés por compartir y estar juntas, que iba mucho más allá de los objetivos del proyecto. Y nos fuimos planteando desafíos, cómo organizarnos

en roles y responsabilidades definidas teniendo en claro nuestro para qué y a su vez transformarnos nosotres mismas en el proceso.

A lo largo del año, trabajamos con les vecines referentes de 3 merenderos, incluyendo el de Bety, que fueron abriendo a lo largo del año en diferentes sectores del barrio. Paralelamente, se conformó el grupo de *Mujeres en Movimiento*, conformado por vecinas que se unieron para mejorar el barrio, y en el que participó desde su gestación la co-directora de este proyecto, la Lic. Daniela Giuppone.

Realizamos muchas actividades junto a les niñes y adolescentes: Jugamos al fútbol de manera cooperativa (y otras veces no tanto), saltamos la sogá, hicimos tirolesa, nadamos en el río, escribimos, dibujamos y pintamos nuestros derechos y los pusimos en práctica, le pusimos nombre a un merendero, pintamos otro merendero, fuimos a la feria del libro en el Andino, acondicionamos la placita y la canchita de fútbol, leímos cuentos, expresamos lo que nos gustaba del otre, consensuamos normas de convivencia, construimos un puente, y un larguísimo etcétera.

El encuentro de cierre de año fue un gran abrazo comunitario, simbólica y literalmente. Toda la preparación fue junto con la familia de uno de los merenderos, y con niñes y jóvenes del barrio. Además de la realización de juegos cooperativos y de jugar al fútbol en el río, almorzamos choripanes, participó el joven artista Lukaz con su rap de protesta, se contó con la presencia de referentes de SEDRONAR, y en la jornada colaboró también una referente de otro merendero del barrio, algo inédito en el tiempo transcurrido de implementación del proyecto.

Reflexiones finales

En el contexto de crisis socio-económica enmarcada en el modelo neoliberal, la realidad fluctuante del territorio nos interpeló constantemente a repensar nuestras prácticas. Así, aunque no fuimos tan organizades como esperábamos en un principio, justamente aprendimos que la planificación y los objetivos son una guía, no son cadenas. Consideramos que desde el paradigma de la complejidad, así como de las corrientes epistemológicas decolonizadoras, y desde la metodología de la investigación, acción y participación, el orden impuesto desde afuera no sólo es ilusorio, sino también violento.

Si bien los espacios de participación que ya existían y que se fueron gestando han sido más bien iniciativas individuales o de grupos familiares o de amigos, son parte de procesos profundos y a largo plazo que no pueden ni deben forzarse, y que pueden configurar antecedentes fundamentales para la unión e integración de les vecines y de les jóvenes en el barrio, y la gestación colectiva de espacios de participación comunitaria. Es así que estos aún persisten como grandes desafíos para lo que resta del proyecto, y seguramente de otros que vendrán.

Mientras tanto, en lo que va de este proceso hemos ido abrazándonos en nuestra diversidad, como equipo, con otras organizaciones y con les vecines. Y si de algo estamos segures, es de que ni les niñes y adolescentes, ni les vecines con quienes hemos trabajado, ni les miembros de este equipo, somos les mismes que la primera vez que pisamos el barrio Islas Malvinas. Esta primera gran introspección es un paso necesario para hacernos cargo de lo que estamos siendo. Solo así podemos identificar las prácticas, discursos y representaciones que queremos suprimir, superar pero también conservar, sumándonos a los espirales dialécticos que conforman la existencia. Desde allí, se abren posibilidades otras de integración, organización, autogestión y de participación comunitaria. Entre ellas, nos emprendemos en la aventura de acompañar en conjunto los procesos que atraviesa el territorio a través del proyecto de red de prácticas socio-comunitarias “La construcción de ciudadanía como derecho de les jóvenes en situación de vulnerabilidad”. El mismo está integrado por proyectos

de investigación, extensión, Proyectos de Innovación e Investigación para el Mejoramiento de la Enseñanza de Grado (PIIMEG), y prácticas pre profesionales.